

Los raros

El tigre en mi casa

Rosa Beltrán

No siempre fue el poeta reconocidísimo que ahora es. El poeta celebrado como el mejor poeta vivo en nuestra lengua. Estudió filosofía, marca que está muy presente en su obra, a veces en sus conversaciones también. Wittgenstein. Heidegger. Pero antes abrigó el deseo de ser cantante de ópera. Escucharlo comentar los argumentos de algunas óperas es oír una clase de literatura comparada dictada por el dueño de una voz de barítono que como el tigre sabe seducir y atrapar. Es un placer escucharlo en el radio y en la Academia.

Y es fácil pensar que las cosas fueron así desde siempre. Sin embargo, en *Poesía en movimiento*, en 1966, no apareció su nombre. Años atrás, Eduardo Lizalde había iniciado junto con Enrique González Rojo y Marco Antonio Montes de Oca un experimento literario al que llamó “poetismo”, del que después sería muy crítico (*Autobiografía de un fracaso*, 1981). Hay en ese libro, no obstante, una nota optimista: quizá fue necesario para conformar el punto de partida de los hallazgos posteriores.

Cuando aparece *Cada cosa es Babel*, poema extenso con bases heideggerianas donde Lizalde explora la distancia entre las palabras y las cosas, el mundo de los poetas no puede darse cuenta aún de la originalidad de la voz. No fue hasta que apareció *El tigre en la casa* cuando Lizalde irrumpió en la escena literaria y se consagró. A partir de entonces la imagen del tigre lo acompaña como marca indeleble.

Además de los hallazgos formales, la temática de este volumen es acorde con el sentir de la época: el fin de la visión utópica del mundo de los sesenta. El tigre es la muerte que nos acecha. No sólo la muerte grande sino la amenaza de las continuas muertes y los desgarramientos de todos los días. Las cosas no son lo que parecen, ni siquiera nosotros somos lo que parecemos. Debemos

dudar, debemos mantenernos cautos. “Hay un inmenso tigre en todo esto”.

El tigre como motivo literario ha sido la pasión y la obsesión de Lizalde; el centro de sus usos y abusos literarios, como lo escuché decir alguna vez en forma autoparódica. En la presentación de una nueva edición de *El tigre en la casa*, en 2014, explicó que el tigre como tema y como motivo había nacido para él a partir de lecturas hechas desde la adolescencia. Citó a Salgari, Kipling, Rubén Darío, a Borges mismo. Y habló de que la literatura está hecha de variaciones. La rosa no es la rosa sempiterna y cándida de Dante sino la rosa enferma de Blake y las rosas que se acumulen y traigan vida nueva a los poetas: Dante, Boccaccio, Leopardi, Valéry, Joyce, Pessoa, entre aquellos de los que Lizalde abreva (*Baja traición*).

A partir de los años setenta aparece en el poeta el descrédito de todo lo que se presenta monocromático. El amor no son los endecasílabos. El amor es todo lo contrario: tiene senos de rana, alas de puerco. Y conforme más avanzan los años del siglo, más violenta y honda y más desencantada se vuelve su poesía (“Lamentación por una perra”):

También la pobre puta sueña.
La más infame y sucia
y rota y necia y torpe,
hinchada, renga y sorda puta,
sueña.

Pero escuchen esto,
autores,
bardos suicidas
del diecinueve atroz,
del veinte y de sus asesinos:
sólo sabe soñar
al tiempo mismo
de corromperse...

Lizalde es una rara mezcla de erudición, lirismo y hallazgos conceptuales. Le llama “malignidades” a su serie de poemas breves como aforismos o como epigramas. Además de imágenes insólitas y atroces hay en ellas, también, sentido del humor. Y hay una crítica radical hacia todo lo que se considere edificante, por reaccionario, posición que mantiene en sus escritos sobre José Revueltas o que mantuvo en su cercanía con Efraín Huerta. Si tuviera que dar mi impresión del Lizalde de cuerpo entero lo definiría como un hombre vitalista (y vitalísimo, a sus 87 años) en el que hay un enorme escepticismo hacia la especie.

Lo definiría también como un poeta con una larga trayectoria al que no afectó su quehacer como funcionario y catedrático. En la UNAM, de 1953 a 1960, fue redactor de la oficina de prensa y posteriormente jefe del Departamento Editorial de la Dirección de Publicaciones. De 1964 a 1969 fue secretario general de la Escuela de Verano. Después ocupó el cargo de director de Extensión Académica en la Facultad de Filosofía y Letras, donde impartió la cátedra de literatura y el seminario de poesía, seminario al que acudió Eduardo Hurtado, quien hizo el prólogo del disco de Lizalde en *Voz Viva*, “Lectura de tres décadas”. Lizalde fue director de Radio UNAM de 1971 a 1973 y tuvo a su cargo la Casa del Lago de 1979 a 1982. Hoy dirige la Biblioteca José Vasconcelos.

El 11 de noviembre pasado, Lizalde obtuvo el Premio Internacional Carlos Fuentes a la Creación Literaria en Español. No es más que la confirmación del valor de una obra tasada como uno de nuestros más raros bienes. O quizás es más: es la oportunidad para muchos de acercarse de nuevo a la voz de ese tigre que duerme “con un ojo al gato”. **U**